



CHRISTOPHER ALEXANDER

El modo atemporal de construir

Logroño, Pepitas de calabaza s.l., 2019, 532 pp.
Tapa blanda. 29,80 €

Idioma: español (traducción de Julio Monteverde del original en inglés *The Timeless Way of Building*, Oxford University Press, 1979)
ISBN: 978-84-1362-315-3

PABLO DE LA CAL

Universidad de Zaragoza
pdelacal@unizar.es

Después de publicar tres títulos clásicos de Mumford y Turner, la editorial Pepitas de calabaza acierta de pleno en 2019 con una nueva edición en español de *The Timeless Way of Building* (1979) de Christopher Alexander. Y es oportuno revisarla ahora, cuando el autor nos ha dejado a sus 85 años.

En la década de los sesenta, en un contexto de intenso debate y producción teórica, Alexander formó parte del nutrido grupo de arquitectos y urbanistas que cuestionaron los postulados de la modernidad. Y ya destacó con su brillante artículo "A City is not a Tree", en el que hizo valer su doble condición de arquitecto y matemático. Con *El modo atemporal de construir* Alexander aporta en este panorama quizá el trabajo de mayor solidez intelectual realizado en los años setenta, en el que elabora una teoría completa que profundiza en los aspectos esenciales de los actos de idear, construir y habitar edificios y ciudades. No en vano, es el resultado de catorce años de investigación, en los que produce además otras dos obras que, aunque fueron publicadas unos años antes, forman con este libro una trilogía completa: *The Oregon Experiment* (1975) y *A Pattern Language* (1977), este último firmado conjuntamente con Sara Ishikawa y Murray Silverstein.

En *El modo atemporal de construir* Alexander analiza el funcionamiento de las sociedades

tradicionales y los edificios históricos en los que se puede sentir esa cualidad ('sin nombre') que se aprecia en los espacios vivos, íntegros, confortables, exactos, sin ego, eternos, y en los acontecimientos que tienen lugar en esos espacios. El autor trata de identificar cuáles son los sistemas que generan esos acontecimientos y los describe como 'patrones de comportamiento' que, adecuadamente interrelacionados entre ellos, producen un todo holístico (edificio o ciudad) que funciona como un organismo, que no puede ser diseñado, sino generado. Y diferencia entre los mecanismos que generan y desarrollan 'patrones vivos' y aquellos otros que tan solo producen 'patrones muertos'. El trabajo sistemático para analizar estos patrones, que solucionan problemas concretos de la ciudad y de la arquitectura, le lleva a plantear un lenguaje formado por 253 patrones, ordenados desde la escala del territorio hasta las cuestiones de detalle. Un lenguaje que, a pesar de esta presentación jerarquizada, funciona como un sistema abierto y en red, de manera que son posibles múltiples combinaciones en las que unos patrones 'mayores' son completados por unos patrones 'menores' y viceversa; pero funciona también como un sistema en evolución, de manera que, con el tiempo, los buenos patrones persistirán y los malos se desecharán.

La sistematización propuesta por Alexander ha influido de manera declarada en los sistemas de diseño que deben afrontar problemas que se repiten y adoptar soluciones concretas sin necesidad de que se reproduzcan de manera exacta. Así, la ciencia computacional en las técnicas del software moderno, en el diseño de videojuegos, en las plataformas de programación, o en la sistematización de contenidos en red como Wikipedia, ha adoptado estructuras de diseño muy similares a la formulada por Alexander, con sistemas que identifican códigos generativos de unidades más complejas.

En las Escuelas de Arquitectura la influencia de Alexander no ha resultado tan laureada. Quizá porque Alexander cuestionó abiertamente la manera en la que los arquitectos han aprendido a proyectar edificios, y porque se opuso frontalmente al 'diseño en la mesa de dibujo a través de planos'. También se posicionó claramente del lado del usuario, argumentando que son ellos los que mejor saben hacer los edificios.

Alexander analiza por qué la sociedad de la segunda mitad del siglo XX era incapaz de construir 'edificios vivos', y achaca esta cuestión principalmente a la pérdida de un lenguaje compartido de patrones y a la desconexión del usuario con la construcción misma de su hábitat. Es la crítica a la arquitectura de la soberbia y al urbanismo rígido y estructural, también denunciados de manera reiterada por figuras coetáneas de Alexander, como Jane Jacobs.

Revisados los postulados de Alexander cuatro décadas después de su publicación, aquel distanciamiento entre el usuario y la construcción de su hábitat no ha hecho sino agrandarse. El desarrollo de la industrialización y la compleji-

dad normativa en la edificación, la creciente dimensión sectorial en la planificación urbana y el desarrollo de las nuevas tecnologías han llevado a desligar y distanciar al hombre de su hábitat. Aun así, no debemos entender el trabajo de Alexander como una reivindicación desesperada de un retorno directo a los comportamientos de las sociedades pre- o tardointindustriales, que solo sería posible en coordenadas culturales muy reducidas, y nunca como extensión global. La arquitectura contemporánea ha producido espacios de gran vitalidad, buenos edificios, mucho mejor construidos que los de las sociedades preindustriales. Y la arquitectura contemporánea heredera de un desarrollo tecnológico bien entendido ha sido capaz de resolver retos de producción masiva que han sido muy beneficiosos en muchos órdenes.

Alexander defiende que "solo podemos hacer un edificio vivo cuando nos desprendemos de nuestro ego", y afirma que esa cualidad 'sin nombre' solo puede generarse de modo indirecto, a través de los actos cotidianos de la gente, del mismo modo que "una flor no puede crearse, sino solo generarse a partir de una semilla". En ese punto tiene mucho sentido la lección de *El modo atemporal de construir*: las ciudades y los edificios deberían proyectarse desde las consideraciones más profundas del habitar. Saber que los diseños no terminan en los planos, sino que deben tener continuidad a muchos niveles, con margen para ser modificados y completados, como resultado de la propia construcción y de la intervención de innumerables y pequeñas decisiones en el tiempo. Es el resultado, como defienden otros autores más recientes como Sennett, de un "proceso de acumulación de manera impredecible que impregna el carácter particular y complejo de los lugares" (*Building and Dwelling: Ethics for the City*, 2018).

Todos estos argumentos quedan estructurados en una original y racional fórmula que permite leer el libro en una hora (si el lector se ciñe a los títulos en cursiva) o de manera detenida y mucho más reflexiva. Esa reivindicada cualidad de la arquitectura atemporal queda perfectamente retratada en las 36 extraordinarias fotografías en blanco y negro que ilustran el libro, cuya autoría se debe a 23 reconocidísimos profesionales, como Bernard Rudofsky o H. Cartier-Bresson.

El modo atemporal de construir es un libro imprescindible en la biblioteca de cualquier persona interesada en entender el funcionamiento del entorno construido, para el público general, pero, por supuesto también, para la formación y el trabajo profesional de los arquitectos. No debe entenderse de ningún modo como un manual de diseño, sino como una sentida reflexión para identificar la buena arquitectura (contemporánea o no), aquella que tiene como principal virtud el sello de la atemporalidad, esa condición de materializar un hábitat sentido, capaz de generar vida y transformarse en el tiempo, con la sucesiva participación de usos y usuarios.

DOI: https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.2022197416